



Retórica de la globalización: “el mensaje como masaje”

José Antonio Caballero López

U. La Rioja

Atendiendo al tipo de auditorio y a su actitud ante el discurso, Aristóteles estableció en su Retórica su conocida y productiva división de los géneros de la oratoria. Observaba tres tipos de auditorios: el que juzga sobre hechos pasados, como hace el miembro de un jurado; el que toma una decisión con respecto al futuro, en una asamblea de ciudadanos, por ejemplo, y el que es sencillamente espectador y opina sobre la habilidad del orador. De esos tres tipos de oyentes resultan los tres géneros de discurso: el judicial, el deliberativo y el epidíctico, Cada uno de ellos tiene sus propias características formales y argumentativas, siendo el epidíctico el que más se acerca a lo literario porque su fuerza se fundamenta más en el estilo que en el contenido.

Pues bien, en el curso de la historia griega, conforme desaparecían las garantías democráticas se daban, disminuían las oportunidades para que el ciudadano pudiese tomar libremente decisiones sobre el pasado o el futuro y, en consecuencia, más se desarrollaba aquella oratoria que sólo exigía una actitud contemplativo, receptora del oyente, es decir, la llamada por Aristóteles oratoria epidíctica. Es en la época del Imperio, una “globalización” sui generis, cuando, en efecto, más auge adquirió la oratoria epidíctica, demostrativa o de aparato. El gran número de tratados monográficos que se componen sobre el género en dicho momento es significativo, y rétores de la categoría de Dión de Prusa o de Elio Arístides presentan una oratoria de naturaleza fundamentalmente epidíctica.

Nuestro propósito va a ser buscar una analogía entre aquel momento histórico y el que a nosotros nos ha tocado vivir para mostrar cómo la retórica de la globalización responde a las características propias de aquel discurso espectacular que no espera del oyente sino aplauso y sumisa complacencia.